

Sí a la HIDROELECTRICIDAD

El crecimiento económico promedio de 5,1% real anual que ha experimentado Chile entre 1990 y 2010 ha logrado elevar nuestro ingreso per cápita y reducir los índices de pobreza. Esto nos acerca a la meta de alcanzar niveles de un país desarrollado. Sin embargo, para ello necesitamos sostener igual ritmo de expansión por varios años más. Lo anterior sólo es posible si se logra asegurar, en forma oportuna, la energía eléctrica suficiente y a precios competitivos. Para ello, todas las alternativas de generación serán necesarias, aun cuando presentan diferencias importantes en materia de costos, emisiones, dependencia externa, etcétera.


En Chile, el recurso económico más abundante es sin duda el agua. La hidroelectricidad es, de hecho, una de las principales fuentes de energía dadas las características geográficas del país que admite alturas de caída grandes sobre distancias relativamente cortas, lo que redundará en costos competitivos para proyectos hidroeléctricos de menor y mayor escala. En 2010, las fuentes hidráulicas representaron un 36% de la generación eléctrica y de la capacidad instalada, quedando todavía un importante potencial hídrico por desarrollar, el que se estima cercano a 20.000 MW.

En el mundo, los países que disponen de recursos hídricos han avanzado decididamente para elevar su participación en la matriz eléctrica, alcanzando un porcentaje muy superior al que exhibe Chile. Lo anterior resulta del todo razonable, en vista que el recurso hídrico es reconocido internacionalmente como energía renovable, además de proveer una generación limpia y relativamente más barata, razón suficiente para ser aprovechada al máximo, con el debido resguardo del medio ambiente. Aún más, la meta autoimpuesta por la Comisión Europea para el año 2020, de que el 20% del consumo final bruto de energía provenga de fuentes de energías renovables, incluye toda la energía hidráulica, lo que revela que la explotación de este recurso con fines energéticos es un objetivo deseable.

En este contexto, no deja de sorprender la fuerte oposición que generó la aprobación de las centrales de HidroAysén, más aún cuando se intenta fundamentar dicho rechazo en

que el proyecto podría “fácilmente” reemplazarse con energías renovables no convencionales o por la vía de la eficiencia energética. Respecto de las primeras, parece curioso que no se tome en cuenta la diferencia en costo que presentan alternativas como la solar y eólica frente a la generación hidráulica, lo que se suma a una ocupación significativamente mayor de superficie. Igualmente, la eficiencia energética permite reducir la demanda proyectada, pero no al límite de evitar que se necesite aumentar el suministro energético en el tiempo, toda vez que no hay país en el mundo que haya logrado crecer sin inducir un alza en la demanda energética.

Por lo demás, ya que aspiramos a ser un país desarrollado, no hay que perder de vista que el consumo per cápita de energía eléctrica podría ser 3 (Australia), 4 (EE.UU.) o hasta 5 (Canadá) veces mayor que el que actualmente tiene Chile.

En síntesis, Chile es afortunado al disponer de agua, pues es un recurso que permite proveer generación eléctrica económica a gran escala. Si ésta es más barata, libre de emisiones y no se agota con su utilización, ¿es razonable oponerse a ella? 

Chile es afortunado al disponer de agua, **pues es un recurso que permite proveer generación eléctrica económica a gran escala**. Si ésta es más barata, libre de emisiones y no se agota con su utilización, ¿es razonable oponerse a ella?



POR: SUSANA JIMÉNEZ
ECONOMISTA SENIOR DE LIBERTAD Y DESARROLLO



